

VIDAS PARALELAS

Por Juan GOMEZ CRESPO

(Publicado en el diario "Córdoba" del 25, 26 y 27 de Septiembre de 1974, bajo el seudónimo de Rafael Angel Valera)

Premio de la Excma. Diputación Provincial de Córdoba, bajo el lema: "Dos cordobeses, el Duque de Rivas y Juan Valera".

I

EL DUQUE ROMANTICO

Pocas biografías de españoles ilustres del siglo XIX ofrecen tan variados aspectos, para el más cabal conocimiento de su tiempo, como la del cordobés don Angel de Saavedra, tercer Duque de Rivas.

Héroe a los 18 años en una guerra intensamente popular, poeta fecundo, dramaturgo inspirado, fogoso orador, discreto político y diplomático, prestigioso académico, excelente pintor, historiador ameno y erudito, andaluz apasionado, español insobornable. Estas tan diversas facetas que presenta su azarosa existencia, ofrecen motivo más que suficiente para considerarlo figura representativa de aquellos críticos años, en que la secular monarquía tradicional española se transforma en el Estado constitucional, liberal y parlamentario, propio de los tiempos contemporáneos.

Nacido en la última década del siglo XVIII, en el seno de una familia cordobesa de la más encumbrada nobleza (su padre era "grande de España"), el solo hecho de su nacimiento le suponen cuantiosos privilegios propios de aquella sociedad estamental. Aunque al no ser primogénito, no estaba llamado a heredar el título de Duque de Rivas, ni los bienes a él vinculados, esto no era obstáculo para que desde su más tierna

edad recibiera mercedes y honores, inherentes al hecho de pertenecer al estamento nobiliario.

De ello da idea el que le impusieran la cruz de caballero de justicia de la Orden de Malta y la banderola de guardia de corps supernumerario cuando sólo contaba unos meses de edad; a los seis años ya era capitán del regimiento del Infante, con el correspondiente sueldo y a los ocho se le otorga la venera de Santiago.

Igualmente privilegiada es la educación que recibe, en razón a su noble origen, pues en 1802 comienza sus estudios en el Real Seminario de Nobles de Madrid, centro modelo en el que para ingresar había que demostrar "limpieza de sangre y nobleza de padres y abuelos paternos y maternos", tras el meticuloso expediente, con obligada información testifical.

Al fin viste el uniforme de la Guardia Real, junto con su hermano mayor, en los días precursores del alzamiento nacional contra los invasores franceses, en mayo de 1808. La actitud de ambos hermanos fue desde un primer momento de total repulsa al poderío napoleónico, lo que les lleva a desertar de la Guardia Real para unirse a las tropas españolas, en aquella singular contienda avivada a la vez por el sentimiento nacional y el religioso.

Es bien comprensible que la participación de Angel de Saavedra en esa lucha, aquellas heridas mortales que recibiera cuando aún era un adolescente, las azarosas circunstancias a que debió la vida cuando yacía moribundo en el propio campo de batalla, entre cadáveres y despojos bélicos, su dramática huida —en tan grave estado— ante el avance del enemigo y las variadas peripecias por que pasó hasta que pudo refugiarse en Cádiz, que fue bastión irreductible de la independencia española, dejarían en su espíritu honda huella, de notorio influjo en la trayectoria de su vida política y literaria.

Su estancia en Cádiz, en esos años de exaltación patriótica y política en que se elaboró el texto constitucional de 1812, en un ambiente de indudable apasionamiento, es otro factor no menos poderoso y decisivo a tener en cuenta.

Allí alterna las armas con las letras y en aquellos años fraguó su amistad con Quintana, Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, que tanto habían de influir en sus aficiones literarias y en sus ideas políticas.

No obstante ello, debió mantenerse en una posición discreta, hasta que después del pronunciamiento de Riego en 1820, su amigo Alcalá Galiano, nombrado Intendente de Córdoba, le induce a presentarse a diputado a Cortes por esta provincia, y tanto se distingue en aquella asam-

blea por sus ataques a los Gobiernos de la Santa Alianza, que preparaban la invasión de España, que fue sacado a hombros del Congreso, por sus fogosas intervenciones.

Por aquellos años Giuseppe Pechio, un liberal italiano emigrado en España, describe a Angel de Saavedra como "un joven diputado de ojos negros y penetrantes, con una herida en el pecho, grande de España y grande de corazón, que dividía su tiempo entre la poesía, el amor y la libertad".

Ante la entrada de los cien mil hijos de San Luis, llevaría su postura de liberal exaltado a sus últimas consecuencias: fué de los diputados que votaron la suspensión de Fernando VII y su traslado a Cádiz, por lo que cuando el monarca recobró su absoluto poder no le quedaba al escritor cordobés otro camino que el destierro.

Durante la travesía de Gibraltar a Londres compuso la famosa oda inspirada en un salmo, que recoge, al gusto romántico, su amargura de desterrado:

**"Por las desiertas olas,
en extraño bajel, ¡tristes! huyendo
de las ingratas playas españolas
y del hado tremendo
íbamos, desdichados,
en lágrimas y en penas anegados".**

La estancia en tierra extraña acentuará el recuerdo de la ciudad nativa, que en la poesía al faro de Malta asocia al "arcángel dorado, que corona de Córdoba la torre".

En medio de sus posteriores triunfos literarios y políticos el recuerdo de sus años de prófugo y proscrito de la patria, por cuya independencia derramó su sangre, será una constante que le acompañará toda su vida.

II

DOS CORDOBESES EN NAPOLES

Italia, con el prestigio derivado de su poderío imperial, en que llegó a imponer sus leyes y su lengua en el mundo antiguo, el recuerdo de los mártires, la autoridad del Pontificado, la belleza de sus paisajes y su ingente riqueza monumental y artística, ha atraído siempre a viajeros y estudiosos de los más diversos países.

"Italia, mi ventura" era frase usual entre los soldados españoles de la época de la preponderancia hispánica que, como Cervantes, recordaban siempre con nostalgia los años pasados en tan hermosa tierra.

Del interés que su visita despertaba en los españoles del pasado siglo, dan buena idea escritores de tanto renombre como Pedro Antonio de Alarcón, con su conocido libro "De Madrid a Nápoles", Joaquín Francisco Pacheco y don Emilio Castelar, que también recogieron en sus libros las impresiones de sus viajes.

Aquella visita les hacía revivir los recuerdos de tantos lugares conocidos a través del estudio de las humanidades clásicas, base casi exclusiva de los planes de enseñanza de entonces.

Nápoles, capital por aquel tiempo del reino de las Dos Sicilias, ha sido siempre una de estas ciudades privilegiadas por el incomparable encanto de su paisaje, la dulzura de su clima, los vestigios de las variedades culturales que allí se sucedieron y el carácter de sus moradores.

En tan privilegiado escenario van a coincidir dos cordobeses de vidas muy afines, aunque de edades diferentes, pues estaban separados por más de treinta años, exactamente el lapso de tiempo correspondiente a una generación. Don Angel de Saavedra, ya Duque de Rivas por el fallecimiento sin sucesión de su hermano mayor, y el egabrense don Juan Valera, también de ascendencia nobiliaria y vinculado a Málaga y Granada.

El Duque, ya en el cenit de su carrera literaria y política, había evolucionado con la edad, desde el liberalismo exaltado de su juventud, a un prudente moderantismo. Embajador de España entre los años 1848 a 1850, en una corte tan ligada a nuestro país por ocupar el trono una rama de los Borbón españoles, entretenía sus ocios dedicado a pintar bellas napolitanas y al estudio de la historia local.

Años después, en 1889, dedicaría Valera un largo estudio al Duque, y al evocar su estancia en Nápoles, recordaba a una bella pescadora que bailaba la tarantela todos los domingos delante del palacio de la Embajada de España, a la que el Duque idealizó en sus sonetos a Lucianela. Valera, con ironía no disimulada, comenta este episodio de la vida de don Angel: "No extraño, pues, que en país tan bello y alegre se remozase el duque, desechase un poco la gravedad diplomática, conservadora romanocatólica, y volviese a ser gentilico y clásico, como allá en Cádiz, cuando se promulgó la constitución en 1812".

Mientras transcurría apacible la vida del Duque en tan grato escenario, la sagacidad de María Cristina, la madre de Isabel II, se aprovecharía de su notoria buena fe para inducirle a que trabajara a favor del casamiento de Isabel con el duque de Trápani, hermano de María Cristina, estra-

tagema impopular, condenada al fracaso, y que en opinión de don Natalio Rivas, pone de manifiesto que la capacidad política y diplomática de don Angel estaba muy por bajo de sus dotes literarias.

Valera, que contaba entonces veinticinco años y servía en la Embajada en calidad de agregado, dedicó aquellos años a perfeccionar su conocimiento de la literatura italiana y también de la griega, que hasta entonces sólo se conocía por traducciones. De la buena impresión que le causó al Duque basta este párrafo de una carta dirigida al padre de don Juan: "Cada día estoy más contento con haber hecho la adquisición de su hijo de usted, que es joven de excelentes prendas, y sus buenos modales, su extensa instrucción y su excelente conducta lo hacen digno del aprecio de cuantos lo tratan".

Pasaba entonces Italia por el período más crítico de su historia contemporánea: el difícil proceso que la llevaría a la unidad nacional, aún no lograda. La diferencia generacional que existía entre el Duque y Valera, se haría bien ostensible en su opuesta actitud ante la revolución italiana. Mientras aquél se aferraba a lo tradicional, Valera estaba con los patriotas. "La unión y la independencia de la patria común podrá ser una ilusión irrealizable, engañosa y fecunda en amarguísimos desengaños pero nadie se atreverá a negar que es noble y generosa".

Valera guardaría un recuerdo imborrable de su estancia en Nápoles, y en uno de sus escritos manifiesta cuánto influyeron aquellos años en sus ideas sobre arte y literatura. El trato asídulo con el Duque, con Estébanes Calderón y con diversos ingenios italianos, dejó una huella bien perceptible en su vida y su obra.

III

LOS VALORES LITERARIOS Y HUMANOS EN RIVAS Y EN VALERA

Un marcado paralelismo es fácil observar al comparar la vida y la obra de estos dos escritores cordobeses, que tanto destacaron en su tiempo.

Rivas es ante todo un andaluz esencial. Si Córdoba le dio la cuna y su recuerdo lo acompaña siempre, en el Cádiz sitiado verá iniciarse su vocación política y literaria, y en Sevilla residirá años decisivos de su vida. De ahí que haya dicho Azorín que Rivas sea el poeta de Sevilla, pues se ve captado por su ambiente, que sabrá reflejarlo en versos que recogen de modo feliz el alma de esa ciudad.

Hoy estamos muy lejos de la afirmación de Valera de que el "Don Alvaro", si no la obra dramática más perfecta, sí es la más deleitosa, poética y pintoresca de nuestro siglo XIX.

En cambio hay una creciente estima por su faceta de escritor costumbrista, preocupado por dar fe de una España en trance de inevitable desaparición, y muchas de sus leyendas y poemas menores han hecho vibrar los más nobles sentimientos de sus lectores.

Azorín sólo encontrará en el "Don Alvaro" una serie interesante y patética de cuadros llenos de color y de animación; cuadros castizos pintados por un apasionado de la luz y de los espectáculos vistosos.

Por el contrario, Valera él mismo se reconocía que como literato era más cosmopolita que castizo, hasta su contacto con Estébanez. Tanto por su estudio directo de los clásicos greco-romanos y castellanos, como por su conocimiento de las literaturas modernas, llegaría a ser el más europeo de los escritores españoles de su tiempo, y del que se ha dicho justamente que escribió la mejor prosa española del siglo pasado y la que más se ha salvado para el gusto de las actuales generaciones.

Pero lo que más nos atrae hoy en Valera es su profundo sentido de comprensión humana, como puso de relieve Vicente Marrero en su bello libro "Historia de una amistad", en el que analiza de mano maestra la que unió de manera ejemplar y entrañable a Pereda, Pérez Galdós, Clarín, Menéndez Pelayo, Valera y Rubén Darío, insignes figuras literarias de tan distinta significación ideológica.

De Valera se resalta en este libro su espíritu liberal y tolerante, su españolismo, su saber y su depurado estilo literario.

Para él era un presupuesto indeclinable la libertad de la persona humana, por lo que no se avenía fácilmente a la disciplina de partido. Como hace notar Azaña su figura espiritual impidió a Valera ser un fanático, por lo que en sus cartas a don Marcelino no rehuye los ataques a quienes a su entender lo merecían, sin tener en cuenta el sector político en que militaran.

Marrero señala el inapreciable valor de las cartas de don Juan Valera, y califica su correspondencia con Menéndez Pelayo como un vademecum de lo que debe ser la vida literaria de la mejor ley: amena, sabia, españolísima, abierta a los más universales horizontes.

Los dos coincidieron en saber apreciar la valiosa calidad de la obra poética de Rubén Darío, con lo que contribuyeron de modo eficaz a un más positivo acercamiento con los pueblos hispanoamericanos.

Igualmente expusieron opiniones análogas en la cuestión entonces planteada sobre el uso por los escritores de las lenguas vernáculas. Bien

conocido es a ese respecto el ponderado criterio de Menéndez Pelayo, que dominaba el catalán y lo usó en memorables juegos florales presididos por la reina regente, doña María Cristina. La lúcida actitud de Valera la expuso, de modo terminante en una de sus cartas: "Yo miro como riqueza envidiable el que tengamos tres y no una sola lengua literaria".

Rivas y Valera, a pesar de su proximidad cronológica, representan dos generaciones bien diferentes. Destaca el Duque entre nuestros románticos y como hombre de su tiempo no se ve libre del tono superficial y declamatorio de la época.

Valera, por su formación clásica, es un verdadero humanista, dominado por un incontenible afán de saber, que llega a dominar el idioma de modo magistral. Sus novelas y escritos, sobre todo ese modelo insuperable de novela psicológica que es "Pepita Jiménez", son hoy objeto de la mayor atención por parte de estudiosos y lectores de nuestra lengua en todo el mundo.

Ello explica la actualidad permanente de Valera y que deba ser considerado como el máximo exponente de la cultura española de su tiempo,



En España, Valera es uno de los grandes prosistas españoles del siglo XIX y era tal vez uno de los dos grandes novelistas de aquel período. Su obra es hoy menos conocida de lo que debería y sus comentaristas, en general, no han sido demasiado rigurosos en su interpretación. En su epistolaria, que es quizás donde se guarda el Valera más personal y auténtico, nuestro hombre, que era un bien pensante, muy curtido por Europa y no poco escéptico, se nos muestra adornado de muy curiosos matices casi querendiscos, que muchos no han querido ver o, traicionando su espíritu, han preferido ocultarlo. Don Juan Valera era un "dandy" culto y como tal satirizó la sociedad de su tiempo. Su obra, aún de sus indudables valores literarios, está cargada de un muy sutil entendimiento de la historia que le tocó vivir.

Le sugiero que hable de "Pepita Jiménez".

—En cuanto a "Pepita", que yo no la creo la más importante de sus obras, aunque sí se refleja lo que he intentado hacer ver a ustedes en mis